



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

La CIA, en horas bajas

La bautizaron Agencia Central de Inteligencia, que quedaba mejor que llamarla de espionaje. El temor a una guerra nuclear con la URSS y sus satélites —ahora ya no existe la URSS y, por tanto, no hay satélites— dio un poder omnímodo a la CIA, que continuó algo más atenuado los años de la guerra fría y casi se encontró sin trabajo después de la caída del muro de Berlín. Pero aquel temor no significa que solamente actuaba frente al peligro comunista, sino que sus tentáculos se extendían y alcanzaban a otros países del mundo, especialmente en los de América Latina.

La guerra sucia en las repúblicas del sur de río Grande es ya una costumbre exterior de EEUU, una costumbre centenaria: anexión de casi la mitad del territorio mexicano, apoyo a la secesión de Panamá, que era territorio colombiano —¡ah, pero estaba el proyecto de construcción del canal!—, la guerra con España para controlar Cuba, Puerto Rico y Filipinas...

En estos últimos 30 años, sus manitas movieron, y aún mueven, los hilos en Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Panamá, Colombia, Venezuela, Perú, Argentina, Uruguay; la intervención más descarada fue en Chile, para derrocar al presidente **Allende**. La CIA ha apoyado, con armas y dinero, a militares y *paramilitares* a fin de derrocar gobiernos democráticos.

Ahora, en el Congreso norteamericano hay muchas voces que claman que la CIA está tan sucia que hay que limpiarla a fondo o crear una nueva institución.